

RESEÑAS / REVIEWS

JOSÉ MIGUEL RODRÍGUEZ YANES, *Aramague. Ensayo de historia local* (2 volúmenes), Santa Cruz de Tenerife, 2023, 802 págs., Depósito legal: TF 1019-2023.

No es habitual que la historia de los municipios canarios cuente, salvo excepciones, con estudios tan elaborados como el que firma José Miguel Rodríguez Yanes sobre Los Silos (Tenerife), de reciente aparición. Acostumbrados nos tiene el autor a sus aportaciones a la historia insular del Antiguo Régimen desde que, allá por los años ochenta del pasado siglo, comenzara a editar sus primeros trabajos centrados en la comarca tinerfeña de Daute. Luego iría ampliando el campo de sus investigaciones, diversificándolas. Sus penúltimas obras así lo ratifican: *Defensa, reclutas y donativos en Canarias (1500-1735)* (2018) y *Fiestas conmemorativas en Canarias durante el reinado de Felipe V* (2023). La última, *Aramague. Ensayo de historia local* (2023), supone en cierta manera una vuelta a los orígenes de sus tareas indagadoras.

La obra es un detallado recorrido por el pasado de la villa de Los Silos, aunque no es la primera aproximación de su autor a una historia local de marco municipal. Ahí está su extensa colaboración en *La Laguna. 500 años de historia* (1997). En dos tomos bien documentados, Rodríguez Yanes nos invitaba a realizar un paseo por la que otrora fuera ciudad regidora de toda la isla durante los siglos XVI y XVII. Un ejercicio de historia política, económica y social, que en ciertos momentos rozaba la mejor microhistoria y que, por modélico, tenía la virtud de contribuir, a través de lo particular, a la comprensión global de las comunidades antiguorregimentales.

Entonces sus pesquisas movían a la reflexión sobre la determinación de una fecha fundacional para La Laguna o alumbraban, por ejemplo, el inédito propósito de crear en torno a 1635 un señorío en Punta del Hidalgo, la «villa de Acujar». Ahora, en este recién editado *ensayo de historia local*, Rodríguez Yanes revisa las circunstancias que rodearon la «fundación que no fue» de Los Silos e incluso reivindica el primitivo topónimo que debiera nombrar el lugar de Aregume. Quizás sea el título, *Aramague*, lo primero que intrigue a cualquier persona que conozca la villa y se interese por esta su nueva obra.

«Se trata de una historia sobre Los Silos, pero no es una historia de esa localidad», según nos intenta convencer el autor desde la introducción (pág. 19). Una sentencia que debe cuando menos matizarse: no cabe duda de que el extenso

ensayo encierra una propuesta original, nada común en los libros de historia al uso; en realidad son dos largos *comentarios*, de cuatrocientas páginas cada uno y en volúmenes separados, en torno a unas imágenes que constituyen el pretexto para que el historiador deje cumplida constancia de su oficio.

La imagen que protagoniza el primer volumen corresponde a una acuarela de Alfred Diston que data de 1827. Debajo de la ilustración, el viajero y comerciante inglés anotó que se trataba de la plaza de Los Silos en un día de fiesta. Las imágenes que presiden el segundo volumen, «tres fotos, que son una», de autor desconocido y de fecha indeterminada (pero de hace algo más de un siglo), captan tres momentos de la festividad de san Antón. Y a partir de ahí asistimos a unos textos que cautivan nuestra atención y que, si bien atienden con preferencia a las décadas que circundan los documentos gráficos antedichos, nos remontan de hecho al primer repartimiento de tierras conservado y otorgado a Gonzalo Yanes de Daute en 1505. Así conseguiremos transitar por el pasado del municipio, desde la colonización del lugar de Aramague, en el siglo *xvi*, hasta el año 45 del siglo *xx* en el término de Los Silos, con cuidadoso respeto por el *continuo histórico*. En ese respeto radica precisamente la singular novedad de esta historia municipal: no hay saltos ni vacíos que sustraigan al lector la comprensión del proceso de cambios y permanencias que explican el pretérito, y en buena parte el presente, de la sociedad silense.

A grandes trazos, el volumen I contiene la historia del lugar a partir de la ocupación colonizadora y alcanza la segunda mitad del *xix*, y el volumen II encierra las transformaciones de la vida municipal a caballo entre las centurias *xix* y *xx*. Cuando en 1827 Diston fijó con sus acuarelas la plaza y las gentes de Los Silos *during the fiesta de la Virgen de la Luz*, la tarde del viernes 7 de septiembre, la mayor parte de los asistentes al festejo eran jornaleros que trabajaban al servicio de unos pocos *amos* de la tierra. (Por cierto, las historias locales suelen deparar sorpresas: en la página 153 consta que las expresiones «capitalista» y «clase ploretaria [sic]» figuran ya ¡en 1837! en un acta del ayuntamiento tinerfeño). Pintó de fondo el británico un paisaje de tierras de labranza y montes que mueve al historiador Rodríguez Yanes a explicarnos de qué vivía una comunidad tan desigual. Y, en el primer plano de la lámina, en torno a la plaza, destacan los edificios que pretextan las páginas asignadas a quienes ostentaban el poder.

Tres añejas fotografías de un mismo instante (¿1910 o 1911?) sirven asimismo al historiador para atravesar, en el volumen II, el pasado de Los Silos desde los años que preceden a la Gloriosa hasta el final de la segunda guerra mundial (ca. 1860-1945). Siguiendo un esquema similar (no igual) al de la primera parte, a la evolución demográfica le sigue un esclarecedor capítulo sobre los *cambios en la dedicación agrícola* que repiten a escala comarcal la secuencia que experimentan en general los cultivos insulares para la producción exportadora: del vino a la cochinilla, del azúcar a la triada plátanos-tomates-papas. Pero con una insistente advertencia, y es la de que nunca se ha de imaginar un dominio absoluto y sucesivo de tales cultivos en «un espacio agrario como el de Los Silos, de cumbre a mar, con la diversificación agraria que ha sido característica durante siglos» (pág. 471). Una advertencia extensible al cambiante paisaje agrario que ha conocido el

archipiélago desde la conquista hasta el presente.

La preeminencia de las mismas familias que remarca el autor como una constante a lo largo de los siglos nos la documenta, ahora también con soporte hemerográfico, y nos la ejemplifica en los subapartados reservados a los Martínez o a los Jordán. El recorte de una de las mentadas fotografías muestra «dos grupos sociales bien diferenciados: en las ventanas, los grandes propietarios; en la azotea, los más desfavorecidos (sirvientes, jornaleros)» (pág. 523), y da fe de la *perenne, estructural*, estratificación de la población silense. Nada excepcional en el panorama insular, solo que aquí se presenta respaldada por cifras que demuestran la enorme distancia que separaba a la mayoría social de campesinos pobres de la muy exigua minoría de acaudalados.

El entorno de edificios que acogen las fiestas plasmadas por los pinceles de Diston en el siglo XIX o por las fotos de principios del XX es aprovechado para presentarnos el convento y las vicisitudes de su paso a control municipal, así como la casa parroquial y otras casonas familiares de notables, «visibles y ocultas», que hacen de la plaza el escenario simbólico y real del poder local. En la página 581 encontrará el lector una síntesis de la evolución política del XIX al XX en Los Silos, que encarnan los propietarios de la tierra y que tampoco difiere tanto de la que se dio en el conjunto de las islas e inclusive en muchas zonas rurales de la península: de caciques en la Restauración a conniventes con el golpe militar de 1936 y partícipes de un modo u otro en la violenta represión que se desató enseguida.

No se puede dejar de reseñar aquí que las últimas páginas del libro están dedicadas a ese periodo, el de la República y la guerra civil, que ya había sido investigado por Rodríguez Yanes cuarenta y cuatro años atrás, antes de dirigir el foco de su *pasión por la historia* hacia los siglos del Viejo Orden. Sus «notas sobre la vida política de Los Silos (Tenerife), 1931-1942», publicadas en 1980 en una de aquellas revistas de examen de la realidad canaria que se quisieron poner en marcha durante la transición (*Rumbos*, n.º 5-6), constituyen uno de los escasísimos trabajos entonces editados que trataban de ese periodo en Canarias. Sin duda, una contribución pionera, porque aún pasarán unos años antes de que empezaran a multiplicarse los artículos y libros que abordaron el tema.

Basta con reproducir un fragmento del pie de la foto que domina la página 794 para entender, en pocas palabras, cómo se vivieron en Canarias los convulsos años treinta en cualquiera de los núcleos rurales alejados de la capital insular: «Si la República no constituyó precisamente un impulso emancipador, los falangistas y la Iglesia remataron una desigualdad ancestral, predicada en las escuelas e iglesias, convertidas en portavoces y propagandistas de los valores más retrógrados que cabe imaginar, a cuya sombra podían perpetrarse todo tipo de abusos y delitos».

El lector, puede que al principio distante de lo que uno u otro de los volúmenes desea transmitirle, acabe pronto atrapado entre sus líneas y traslade su mente a otras épocas, sabiendo además que lo hace con la guía de un historiador que maneja adecuadamente las fuentes. Casi en cada párrafo del texto, ese lector hallará pormenores que no es corriente encontrar en los manuales de historia, y que añaden conocimientos que rompen con la extendida creencia que se tiene,

«feliz e ingenua, de un tiempo que parece más “puro” que el actual» (pág. 518). El historiador nos introduce en la profunda desigualdad socioeconómica que marcó la dura existencia cotidiana de las clases subalternas, y nos indica en qué se exteriorizaba semejante brecha social: en la distinta indumentaria, en la inexistencia de escuela pública, en las injustas reclutas y levas, en la atención o la desatención sanitaria, en la diferenciación entre las moradas de los vivos... y de los muertos, o más adelante, cuando llegue el *progreso* (la carretera, la luz, el teléfono), en la posesión o no de coche propio. Indicadores, estos y otros más, en los que Rodríguez Yanes se detiene para componer el devenir histórico de Los Silos, tal y como se particularizó en la localidad, y cómo hay que encajarlo en el contexto archipelágico y general. Porque confirmar, contrastar, matizar o poner en cuestión algunas de las afirmaciones más recurrentes de las historias que cubren ámbitos más amplios es la función principal de las historias locales. Y, sobre todo, la de deconstruir el imaginario de un arcádico pasado, tan del gusto de algunas *crónicas* municipales.

Desde las páginas introductorias, el autor subraya que «todas las formas de hacer historia, con un mínimo de honestidad, coherencia y adecuado uso de fuentes originales» son bienvenidas (pág. 20). Así sucede en esta y en todas las demás publicaciones que componen su amplio currículum bibliográfico. En *Aramague* se dan cita variadas maneras de historiar, diversas escuelas historiográficas: de la historia político-institucional, hoy recuperada, a la historia social que centra ante todo su interés en las diferencias de clase; del análisis crítico de la documentación de archivo a relatos biográficos que sitúan a miembros de la privilegiada elite local en su contexto; de lo que se ha llamado la *influencia del espacio* al cotejo de los datos demográficos; de los aportes de la genealogía a los que fundamentan la historia económica, pasando por incursiones de cierto calado en la historia del arte. Más aún, el investigador ha tenido que recurrir esta vez a la historia oral para reconstruir tiempos más próximos, mediante testimonios que utiliza siempre con la máxima cautela. (Concluía Eric Hobsbawm que «mientras sigamos estudiando el mismo cosmos, la alternativa de microcosmos o macrocosmos es cuestión de elegir la técnica apropiada»). Y es esa misma variedad de formas de historiar la que enriquece el contenido de un texto que se acompaña asimismo de tablas estadísticas, gráficas e incontables ilustraciones.

En esta oportunidad, las imágenes ilustran, en el sentido más completo, el texto; no son simples estampas que adornan la edición. Gracias a ellas, y a unos pies de fotos que avivan la curiosidad, la lectura puede complementarse con más información si cabe, visual y textual. Forman parte de la publicación, y se integran en ella, las imágenes aéreas, los planos cartográficos, los fragmentos de croquis antiguos y de documentos originales de archivo, las fotos de época... Un material gráfico que, en no pocas ocasiones, se ofrece con una anotación añadida, más o menos extensa, para que se entienda mejor el significado o el contexto de la imagen.

A partir de ahora, *Aramague. Ensayo de historia local* se convertirá en un libro de obligada consulta e inevitable referencia para quienes quieran investigar acerca de cualquier aspecto del pasado de la comarca noroccidental de Tenerife

y, en general, de Canarias. Es probable que obras como esta sean revisitadas en un futuro por nuevas generaciones de profesionales de la historia, armadas quizás con nuevos paradigmas historiográficos, pero no podrán nunca obviar la meticulosa e ingente labor de localización archivística y documental, ni el esfuerzo de interpretación, que ya ha avanzado el profesor Rodríguez Yanes. Tampoco será esta, si así lo desea su autor, una «historia de», sino «sobre» Los Silos, pero en todo caso cada una de sus casi ochocientas páginas rezuma muchísima historia, tejida con dedicación y rigor por un investigador de consolidada formación.

José Manuel Pérez Lorenzo
Investigador independiente
<https://orcid.org/0000-0002-3560-0706>
jomapelo1954@gmail.com

